

# Francisco Convertini

**Nació en el territorio de Marinelli, junto a Cisternino (Brindisi), Italia, el 29 de agosto de 1898. Francisco perdió a su padre cuando sólo tenía tres meses de vida, y vio morir a su madre Catalina cuando tenía once años.**

Su madre tuvo tiempo para enseñarle los misterios del rosario (que será para siempre su catecismo) y para decirle muchas veces (mientras le encargaba los primeros trabajos): "¡Por amor! ¡Pon amor!".

Francisco y su hermano Samuel (trece años) fueron llevados a la feria en la que se contrataban los muchachos-pastores. Tuvieron la fortuna de que los contratasen Vito y Ana Peruzzi, de Fasano, del pueblo de su madre. Los trataron como a hijos, y ellos los llamaban padre y madre y todas las noches rezaban el rosario con ellos. Francisco tenía un gran deseo de aprender.

En las noches de invierno iba a casa del viejo Erasmo, albañil, que por media lira a la semana enseñaba a leer, a escribir y ha hacer cuentas escribiendo las cifras en las paredes, porque no había pizarra.

**Don Ángel Amadeo, viéndolo muy impresionado, le lanzó esta pregunta: ¿Por qué tú no te haces misionero también?**

En mayo de 1915 Italia entró en la primera guerra mundial. Francisco fue llamado a presentarse para el reclutamiento en enero de 1917, y en mayo entró en acción en el frente del Trentino. Tenía dieciocho años y medio, y medía 1.56 dos centímetros más que el mínimo exigido. Vio morir a muchos de sus compañeros. La guerra terminó el 4 de noviembre

de 1918. Francisco, literalmente un esqueleto, fue devuelto a Italia el 15 de noviembre, y en seguida le atacó la meningitis, la enfermedad de los niños y los soldados (en aquellos tiempos). En el hospital estuvo aislado y a un paso de la muerte. Pero salió. En aquel 1918 tenía veinte años. Su hermano Samuel, que también había estado en la guerra, decide emigrar a América. Francisco, después de haberse arrodillado ante la tumba de su padre y de su madre, firmó por tres años con los carabinieri. Fue a Trieste, a Pola, luego a Turín como "asistente" de un capitán. Y en Turín lo esperaba Don Bosco.

Muy devoto de la Virgen, apenas llegado a Turín fue al santuario de María Auxiliadora, y se acercó al primero confesor para pedir el perdón de Dios. El que lo confesó fue don Ángel Amadeo, uno de los

grandes biógrafos de Don Bosco. Quedó impresionado por la modestia y la fe de aquel muchachote en uniforme militar. Y Francisco volvió a confesarse con él, a hablarle, a escuchar de él, en el patio del Oratorio, la historia de Don Bosco y de sus obras, que ya estaban esparcidas por el mundo. El 23 de octubre de 1923, en el santuario de María Auxiliadora lleno de gente, Francisco

vio el conmovedor adiós de los 11 misioneros salesianos que partían para la India. Don Ángel Amadeo, viéndolo muy impresionado, le lanzó esta pregunta: ¿Por qué tú no te haces misionero también?

Francisco lo pensó. Sería una manera muy hermosa de emplear la vida. Había un colegio salesiano que preparaba para las misiones a jóvenes mayores como él, pobres de estudios, y ricos en buena voluntad. Francisco entró en él el 6 de diciembre de 1923. Afrontó los estudios con la misma voluntad tenaz con la que había cavado, segado e ido al asalto con la bayoneta. Y lo logró, con dificultad, pero lo logró. El boletín de calificaciones del último año escolar (1926-1927), en la casilla "matemáticas" registra un cero en febrero, un seis en el examen final.

El año terminó con la "fiesta de los destinos". En la amplia sala de estudios ocupada por los compañeros, estando presente don Felipe Rinaldi, sucesor de Don Bosco, "nos distribuyeron aquellas hojitas con la que nos repartíamos el mundo- recordaba su compañero César del Grosso: tú a la India, tú a Venezuela, tú a Patagonia, tú a China. Éramos 40 muchachotes vestidos hacía poco con la negra sotana y dispuestos a ir hasta al fin del mundo". Francisco Convertini oyó la palabra "India".

El 7 de diciembre se embarcó con sus compañeros de misión. El 26 desembarcaron en Bombay. Siguieron en tren hasta Calcuta. En la

frontera de la llanura, una diligencia de asientos de madera los condujo a Shillong, la capital del estado indio del Assam, centro de aquella misión salesiana.

Durante el noviciado (1928) y los estudios de filosofía (1929-1930), Francisco aprendió a ser misionero fijándose y acompañando a don Constantino Vendrame, "Fadar Bendra", como lo llamaba la gente. Era un gran caminante. Por la mañana café y un pedazo de pan, mochila al hombro y adelante con paso constante de pueblo en pueblo. Don Vendrame fue el libro mejor que Francisco Convertini estudió, aprendió e imitó durante toda su vida de misionero.

1935. Francisco es ordenado sacerdote el 29 de junio, a la edad de treinta y siete años. La obediencia le pide enseguida que deje el Assam y que vaya a la misión salesiana de Krishnagar.

Monseñor Ferrando, obispo de aquella misión, lo confió al párroco de Bhorborpara, actualmente uno de los pueblos de Bangladesh, y allí comenzó su misión. Krishnagar era una diócesis muy pobre, con seis millones de habitantes, mitad musulmanes y mitad hindúes, esparcidos en 12,500 pueblos.

Los católicos eran el uno por mil: un microscópico terrón en la inmensa llanura. Desde los primeros días se vio rodeado de un tropel de muchachos, que fueron sus maestros, muy contentos de enseñarle el bengalés. Iba por las numerosísimas aldeas, caminaba descalzo, así se ahorra los zapatos y con aquel dinero podía comprar algo de comer para la gente.

Don Francisco es bueno, por eso todos lo quieren como amigo. Las casas de los hindúes están severamente cerradas para los extraños. Pero los niños lo agarraban por la sotana y lo metían dentro de sus casas, era el único misionero que se podía permitir entrar en una casa hindú y penetrar más allá de la entrada. Y él les habla a todos, hindúes y musulmanes, de Jesús, de su amor a todos. Era venerado por todos como un gran sadhu, monje que lleva la paz de Dios.

Ayuna días y días mientras camina, porque aquella gente tiene tan poco para quitarse el hambre. Desde que saben que tiene "el agua de Jesús que salva", muchos viejecitos que

esperan la muerte en silencio, se la piden con mil subterfugios para no ofender la religión oficial de su familia. Y don Francisco termina por bautizar a millares de personas, después de haberles hablado de Jesús. Su vida de todos estos años misioneros no tiene nada de clamoroso. Está hecha de diez mil gestos de bondad. Familias católicas se habían pasado al protestantismo para recibir ayudas materiales. Don Francisco no riñe a ninguno, les invita a seguir rezando, a continuar siendo amigos.

Cuando su corazón empezó a flaquear por el gran calor y las grandes caminatas, los superiores lo mandaron a Italia dos veces, en 1952 y en 1974. Pudo volver a abrazar a su hermano Samuel, que había vuelto de América, y dar la primera comunión a su sobrinita Cristángela.

Pero quedó espantado al ver que no se rezaba ya el rosario en las familias y que se tiraba mucho pan, mientras sus niños bengaleses se morían de hambre. Volvió a su Krishnagar con el corazón cada vez más cansado.

Un cardiólogo que lo había visitado en Puglia, le había dicho crudamente: con un corazón en aquellas condiciones cada día de vida era un milagro. Continuó el milagro hasta el 11 de febrero de 1976. Las últimas palabras que pudo decir fueron: "¡Madre mía, no te he disgustado nunca en mi vida... ahora, ayúdame!". La catedral que acogió sus restos mortales se llenó de cristianos, musulmanes, hindúes. Lloraban la pérdida de un amigo, de un hermano.

